

II ENCUENTRO INTERNACIONAL DE LITERATURA

MÉRIDA 27-29 DE OCTUBRE 2016

Homenaje a Ramón Palomares, Juan Calzadilla, Gustavo Pereira

EL POETA SE PONE A CANTAR

Una vueltica por la casa de Ramón Palomares

Juan José Barreto González

La casa del “viejo lobo”

La casa del poeta es el lenguaje. Siempre se regresa a ella a través del rito del lenguaje que nos hace volar al mundo de las imaginaciones. Ese rito con poder de poner en el lenguaje a seres y objetos de distintos orígenes. En mi libro sobre Ramón Palomares, *Región Poética*, estimo la realización de un viaje que resultó dar con dos fuentes nutricias que, para mí, alimentan el mundo y la región poética de su creación. Llamo a la primera corriente o afluyente que mana de esa región, *biografía de la naturaleza metaforizada* y, a la segunda, *la imagen cabalgando en la historia*. En qué resulta todo esto: el logro de un universo poético donde el ser de ese mundo se vuelve rito, recupera sus espacios comarcales y fantasmales siempre girando sobre la posibilidad extraña de recuperarse aún en las más terribles experiencias. Aún en la muerte la imagen huele al muerto y lo recupera.

La casa es la poesía y comienza a recuperarse, lo es también el árbol que se vuelve florido de donde salen las almas en pena cantando en hoscas conversaciones. Lo es también la muerte donde vienen los reclamos o las últimas oportunidades.

El poema es como un árbol sembrado en los recuerdos recuperados. En el Libro que hoy nos ocupa, se vuelve también casa, casa de la imaginación recuperadora. Fue construida “con amor sin fatiga y fe dulcísima” (“VUELTA A CASA”, p. 269)). La poesía del poeta Palomares sobrevuela a ras de metáfora el sin tiempo que nos guía hacia el mito de lo que he llamado la *sobrenaturaleza*. El poema se vuelve un doble ámbito, lenguaje y recuperación. La perennidad del rito le otorga la condición metafórica a los seres y objetos que salen y entran a esa casa mundo. Comienzan a decir. El poeta los hace hablar, se lamentan y hasta se ríen.

Este latido de araña construye puentes imaginarios para que sus habitantes se “figuren” en seres saliendo de la niebla, en gavilanes pegados entre las nubes. El poeta se convierte en niño, en primitivo y mago y escucha, ve y escribe con ojos de

asombro, como lo teje en “ESTA CASA TIENE LA EDAD DE USTED” (p. 268): “Tú los escuchas, pequeño, tú lo sigues con ojos de asombro más, mucho más lejos, en el sitio de verdades ocultas que tu corazón puede seguir y que las pupilas del sol no podrán hallar nunca”. El corazón puede más que el sol. Alcanza los rincones de esa geografía humana que por demás es íntima, llevada a la palabra como resurrección que llega desde esa gota en el tiempo y en el no tiempo. Así, la naturaleza toda, incluyendo al ser que la habita, se ha hecho imaginaria.

Recordemos a su Pola convertida en pajarito, porque una “luz de resucitados ha caído aquí mismo” (PAJARITO QUE VENIS TAN CANSADO). Unos seres salen del sueño, otros van al sueño, idas y venidas imaginarias que sirven de aposento a lo errante y liberadoras de la imagen que se teje y desteje y se esfuma con y en medio del humo como lo hace “Juan León”.

A largos ratos tenemos que escuchar a los paisanos hablar en sus lenguas, hoscas conversaciones que silban aparecidos y comienzan a proyectarse a paso lento, como si a su vez, debiésemos mirar las enramadas que agitan oscuras y radiantes imágenes. Creo que el poeta escribía escuchando, su oído recogía aquellos tonos que subían y bajaban por las nubes y las montañas de la musicalidad y la soledad campesina. Ese ¡Ah rigor! capaz de meterse dentro de la caparazón dolorosa de la letanía humana que quiere desprenderse para cantar y salvarse. De presto el poema se vuelve en un gancho lingüístico para restituirnos del abandono, una catarsis en la imagen que permite habitar ese mundo recuperándolo y recuperándonos de él. Así el poeta no cesa de cantar.

Cuando escucho al poeta recitar, desde hace tiempo, veo a sus propias criaturas rodeando su garganta para desparramar, como cree el poeta que hace el río Chama, “restos de habitaciones y hombres muertos”, pero, viviendo esa dimensión dominada por la metáfora.

Así todo comienza de nuevo. Volvemos a nacer, volvemos a la casa, si nos quedamos fuera de esa condición, Dios no nos tendrá en la gloria. La casa poética está hecha de barro y de raíces extrañas y comunes. A ella también ha traído a la historia que sirve de potro para que la imagen cabalgue. Por allí andan sus libros *Honras Fúnebres*, *Elegía 1830* y *Santiago León de Caracas*. Los héroes van a convertirse también en habitantes del desamparo. El ser es llevado a la imagen para poematizarse. El poeta es capaz de verlos “recogidos en sus capas/ sin sonrisas”. La voz sale desde dentro del ser y no desde un escenario. Es entraña, no espectáculo. La obra de Ramón Palomares se recorre como extensión rítmica de una casa mundo, a veces estrecha porque aprietan las sombras que el sol no alcanza, o suelta a cantar con pasión “una música extensa y fecunda”.

El paisano poeta

La poesía es una casa a la cual se vuelve. Sus paredes están hechas de recuerdos y de hoscas conversaciones. El poeta las escucha y hace cantar a las palabras en esa cadencia conversacional, rítmica y primitiva. Se ha vuelto un mago el poeta capaz de hacer salir del árbol florido o de la calle a jinetes nebulosos o a gavilanes que se emborrachan con el sol.

El paisano poeta, universalizador del imaginario simbólico campesino, de la naturaleza metaforizada y de la imagen que hace de la historia su caballo enrumbado hacia la borburata de los fantasmas. Desde la ternura del viento suave al amanecer, rescata a los pueblos con sus habitantes de antaño. Un paisano cósmico, inventó una galaxia poética para los seres sencillos de su poesía. Allí regresan a vivir, desde allí los escuchamos en sus más elementales destellos entre soles y sombras. Puso a su pueblo, a su gente, a sus aparecidos, a sus palabras en su palabra. Se llevó los lamentos de la historia a los techos de las casas donde cuelgan sus fantasmas. Organizó una región poética en su poesía donde la imaginación no cesa de volar ni de conversar.

El poeta se volvió invisible para recuperar silencios y hacerlos visibles en sus libros. No va a la comarca, nunca deja de vivir en ella. Sale a dar unas vueltas por el mundo, no olvida el salto pindárico. Al regresar viene susurrando con viejos ancianos que le enseñaron cómo mover las palabras para que aparezca la imagen. La realidad es que el mito es más fuerte que la realidad, así como en los cuadros de su paisano Salvador Valero. La poesía recuperadora que confecciona el mundo del texto como si fuese un sueño donde las lógicas reales y convencionales no tienen cabida. No funcionan, son inservibles en ese universo simbólico. Se pasea por el poema haciendo que nos visiten las apariciones, incluyéndose. El niño que siempre es anda abrazado en la locura del mago y lo antiquísimo del primitivo. Triple rito.

La poesía, y en sí misma, la poesía de Palomares no se separa de la tierra o la cal de sus paredes. Se sienta en un petate a escuchar y ve cruzar al sol por los rincones de la casa. El sol alumbró la sombra de las imágenes y el niño las capta. El hombre las reivindica y el mago las canta. Tremendo conjuro en ese triple vínculo: niño, hombre, mago. Del salto pindárico al pajarito que viene tan cansado. De la corona blanca del caballero fantasma al delirio de 1830. Viaja por distintas regiones de su comarca humana cruzada por esas dos corrientes, la metáfora mágica de la naturaleza habitada y la historia participante de la imagen de la historia.

Las pasiones del poeta Palomares siempre están ancladas al poder volver a la casa del poema, de visita. Es una especie de un siempre entrar a la casa para animarla. Darle alma a la casa. Y en ese asunto la redescubre. Vuelve a comenzar la historia,

“Entonces se escuchan las primeras voces”. Y todo se asemeja a Angélica, ese personaje de este poema que encabeza a VUELTA A CASA (“ESTA HISTORIA COMIENZA”).

Llegó en un tren oloroso a oscuridad y a madrugada. Un tren con nieblas y vapor; un ser inmenso, negro y misterioso que desde entonces sólo volvería a ser recuerdo: un gran resplandor que todavía ilumina su tiempo oscuro, su denso acontecer, su fuerza viva y su fuerza en descanso (p.264).

No importa si es poema o prosa, formas de formas múltiples. Me atrae es esa fuerza que está allí definiendo la impronta metafórica de su escritura. Todo se vuelve recuerdo como Angélica y el mago la saca de “un tren con niebla y vapor” para convertirla en una metáfora especial, escritural, espacial, esencial: “un gran resplandor que todavía ilumina su tiempo oscuro, su denso acontecer, su fuerza viva y su fuerza en descanso”. Angélica y Pola. Me rasco la curiosidad en esta asociación, me la entrega la madrugada con la tenue maravilla de un hallazgo: una luz de aparecidos, un gran resplandor. Ratifico mi lectura sobre el rito y la biografía metaforizada, sólo que deseo agregar un nuevo elemento o, mejor dicho, considerarlo de una nueva manera: la condición del poema como lenguaje recuperador de un mundo real o imaginario mediante la palabra que todavía: “Ilumina su tiempo oscuro”, “su denso acontecer”, “su fuerza viva”, “su fuerza de descanso”. ¿Se sugiere acá una estética? El poema es el lugar donde descansa la casa que vuelve a ser la casa del ser en su denso acontecer, en su particular fuerza viva recuperada desde la poesía.

Mi ánimo no es explicativo ni teórico, es poético, es comprender la magia recuperadora del mago que vuelve atrás a despertar la memoria y a inventarla. A volverla escribir como un niño que inventa soñando su inocencia cuestionadora. Como el primitivo que supo sostener en sus imágenes el poema como un asunto de comunicación y de palabras donde, detrás de ellas, no hay máscaras sino esencias que producen el efecto de parecer vivas aún en la oscuridad. La antigua capacidad de la poesía o el canto de inventar seres hasta que sean capaces de hacer sus propias cosas y de volver a aparecer. Pero la causa no es la invención sino la extraña activación de esa fuerza de descanso para que los seres y las cosas vuelvan a vivir, vuelvan a aparecer en el lugar del poema.

El poeta logra meter sus invenciones y sus biografías, sus fábulas y sus invenciones al mundo de la poesía que va articulando o escribiendo desde una condición adquirida o heredada que combina la memoria humana con lo imaginario. Así la existencia en la poesía se hace mágica imputando el dolor y la herida, cantándola en la dimensión del lenguaje poético. La existencia humana se vuelve existencia poética, se imagina y, por lo tanto, se vuelve un entrar al reino de la poesía para no hacerse doblegar por el trabajo de la realidad convencional que se considera

como una servidumbre. Como las abuelas y abuelos dioses del Popol Vuh vocifera casi que cantando:

—Que se llene el mundo de casas Que se ocupen las calles con su piedra y brotes de enredijo de malezas y hierbas. Y al instante se dibujaron, se levantaron y desperezaron abriendo sus ventanas y ruidos, sus pasos de caballos en los charcos. Y en el entorno se abrieron inmensos potreros, cafetales, montes y chaos, todos con su muralla como en el cuenco de la mano. De espasmos y veredas nació todo, del manantial, bullendo desde el silencio y el sigilo, desde la inmovilidad al afán grueso y jadeante; el pensamiento era indeciso y la pasión una música extensa y fecunda. (p.267. “EL AMOR QUE DUERME, EL AMOR QUE DESPIERTA”).

El ser y las cosas se van a mover en ese ritmo de nacimientos como si fuésemos creados por dioses indecisos pero donde “la pasión (es) una música extensa y fecunda” (paréntesis mío). La tragedia humana es devuelta a la condición de los orígenes como para volver a empezar. Siempre se estará volviendo al origen, el rito del lenguaje permanece como esencia, como condición previa. La permanencia es una eterna invención asociada a la naturaleza que va “desde la inmovilidad al afán grueso y jadeante”. Así se forma el mundo de la casa que es el mundo, donde la imagen se convierte en el hecho dominante. La imagen-pasión, sentido-música, extenso-fecunda. Como si el poeta enfrentara la decadencia del mundo como materia racional con la intensidad creciente de un mundo mágico que tampoco está exceptuado de lo trágico pero, lo somete a su liberación a través del invento que canta. La vida es un recorrido con ausentes:

(...) Era el recuerdo que llegaba cojeando, entre monturas viejas, pellones de hilo multicolor y gavillas de pasto reseco, una vieja máquina de hacer fideos y una vitrola...

—Pero dónde habré visto esa gente de ademanes lentos, rostros como vidriosos, cuerpos asombrados e ingrátidos como si al pasar no asentarán volumen alguno sobre la vida. Miraban con tristeza desde su límite y se quejaban al cerrar y abrir de sus párpados.

El poeta, al igual que el niño de la casa, tiene los mismos años de nuestras invenciones. Se la pasa inventando. Su oficio es el de un inventor como si hubiese nacido con ese don de ponerle una vida rara a todo lo que escribía o imaginaba. El oficio del poeta que inventaba, soñaba e inventaba, conversaba e inventaba, escribía e inventaba. Su poesía tiene la edad de las invenciones humanas. No es moda ni populismo. Es una fuerza que despierta en el poema. Es un paisaje que se paría de sí mismo. Él sólo lo escribía. ¡Nada más!

La región poética

En esta región no hay demonios. El poeta no es un distribuidor del bien y el mal. Va adquiriendo el poder para ir construyendo su región poética, es un médium para que las cosas, los seres y sus sentimientos tengan la energía suficiente para salvarse de la no existencia. Tiene el don de hacerlas aparecer, de que regresen y comiencen a hablar. El poeta es un Dios primitivo que sabe crear el espacio para que se llene el mundo de seres que de otra manera estarían deambulando por ahí. No es un universo cerrado. Esas invenciones, esa memoria, dialogan, se vuelven purito mundo de magia. No es melancolía puesto que en esas idas y venidas, más bien, entradas y salidas, esa dimensión es prioritaria donde, incluso, la ausencia es considerada como una visita. En todo caso, a veces se vuelve “HALCÓN” (p. 310) para indicar volando sobre la región:

Estoy cantando
Estoy riendo
Estoy de vigilia.

Se recoge como la noche y “Como de día salgo de mí”. Vuela, extiende sus alas o se mete en las entrañas de la noche, imagen recurrente, en las entrañas de la imagen recuperada y recuperadores. Sentidos de un vuelo por la casa cielo y por la casa que tiene su misma edad. Vuela y permanece. Resolución del precipicio, condición singular frente a lo que está a la vista y a la hoja que se marchita:

PRECIPICIO

Para Ana Enriqueta

Los rebaños en la parda meseta:
moscas sobre una hoja marchita.
Un pájaro
una aterida conversación de torcaces.
El alma: Añoranzas
El corazón: Ese oscuro cristal que brilla
y grita al fondo (p.305).

Una conversación, aterida, de torcaces. Dos. El alma y El corazón. Una añora, la otra ave es “Ese oscuro cristal que brilla/ y grita al fondo”. El vuelo, la palabra que añora. El vuelo, la que viene de ese oxímoron encorazonado, brilla y grita, viene del fondo, de esa cueva donde sus ecos se vuelven pájaro. El poeta pájaro volando viendo el precipicio. La escritura sale a flote, viene de visita. Vasto espacio de vuelo, de escritura. De bajar al fondo. A los bajos fondos donde grita el corazón. Allí es donde “Hace días el sabor de otras vidas refluye en mí,/ y todo es gris y el peligro me

escruta” y “La calle está ahíta de grietas” y los perros lo empujan, acosado por diferentes direcciones”. Veamos lo que resulta:

Qué de entrecruces y esquinas hondas.
Aquí y allá sombras y siluetas se escurren.
Noten esas ventanas, los ojos torvos escondiéndose.
Hay unos ruidos sordos, un decir bajo y rápido.
—“¡Déjenme salir!”—grito desde el fondo.
Afuera no hay nadie, es madrugada.
No hay luna.
El sol no existe.
(BAJOS FONDOS, p.317).

De qué manera hace hablar el corazón, acosado por la rosa de las direcciones y las grietas. Encrucijada y tiempo pasado, vuelta atrás en el recuerdo. Pero, se recuerda con el corazón. No es un símil, ni una metáfora. Es una condición esencial de su escritura. El poeta escucha, se escucha. Escucha y escribe. Esa escucha resuelve el tablero de direcciones que lo acosan. La región poética es su vasta casa, múltiple. El fluido de corazón, a cosa pa´extraña. La gente y las cosas, y los pájaros y los aparecidos y él mismo gritándole ¡Dejenme salir! Por eso digo que no se trata de antinomias y ese tipo de cuestiones. El poeta fue escribiendo lo que escuchaba de sí mismo como médium de una región poética que supo caminar a cualquier hora del día y de la noche, a cualquier hora de sus imaginaciones y sueños. Siempre volviendo a casa, para escuchar sus canciones. Resuena “CANCIÓN” (p.347), el último destello de VUELTA A CASA:

Qué canción tan vasta en la casa
que nunca se detiene

El resplandor se acerca o se muere el sol. Pero siempre escucharemos sus canciones. Entre resplandores y sombras siempre el pequeño ojo de Dios, el ojo del poeta escuchará los gritos que vienen desde el fondo, ese lugar donde la imagen comienza a moverse.

Dios ha levantado un pequeño ojo
en la más pequeña de las sombras
y asciende con su bella
en fulgor! (p.347)

Ramón Palomares llama a Orlando Araujo “Puerto de cien plumas” en uno de sus poemas (HOMBRE DE BLANCO, p.322). Un pequeño ojo que se mete por las rendijas o las grietas del alma y del corazón y hace que refuljan las sombras. El ojo extiende sus manos y las ayuda a salir. El poeta se pone a cantar. “Casa de cien canciones”.

Trujillo, 03 de octubre de 2016.

Bibliografía

Palomares, Ramón. 2016. *VUELTA A CASA*. Biblioteca Ayacucho, Caracas.